

Autor: Abilio Ayuso

LA CIRQUERA

Ilustrador Ronny Bravo



TP

Historia romántica.

Casi todo el mundo me ha llegado a preguntar porque me casé con ella, a posteriori todos son muy listos, pero en su momento nadie me dio una simple advertencia, ni siquiera mis mejores amigos.

Yo también me he formulado a mi mismo la pregunta, ¿Cómo pude casarme con una mujer así?. Pero no hay una única respuesta, fue... Un cúmulo de circunstancias.

Si el diablo viniera en el momento apropiado, en la forma más adecuada y te encontrara en el estado de ánimo más oportuno, hay muchas posibilidades de que le permitieras entrar en tu casa, y eso fue lo que me sucedió.

En principio, aunque me encantaban las mujeres, mi natural timidez dificultaba mi relación con ellas, lo cual me tenía bastante frustrado, además la muerte de mis padres con pocos meses de diferencia me dejó bastante abatido.

Y justo en ese momento llegó ella, era simpática, aunque insustancial, pero en un momento así nadie tiene ganas de conversar sobre filosofía, sino reír, no necesité ligarla, ella me ligó, con todo el desparpajo, en menos de tres días ya compartía mi cama, y en menos de tres meses se quedó embarazada.

Siempre he sido muy responsable, y aunque estaba convencido de que no era la mujer de mi vida pensé que a lo hecho... Pecho. Organizamos una boda sencilla, sólo para los más allegados y nos casamos.

En los siguientes meses justifiqué todos sus caprichos e idioteces aduciéndolos al embarazo, pero cuando después del parto se desentendió completamente del niño comprendí que la cosa no pintaba bien.

Ella no podía estar por cosas como un bebé, tenía que ir a un gimnasio para recuperar su figura, maquillarse, salir con sus amigas/os, Etc.

Contraté una canguro para el tiempo en que yo estaba trabajando, que además hacía la faena de la casa, porque la “señora” no tocaba una escoba ni fregaba un plato, no se le fueran a despintar las uñas.

Pasaron los años y la cosa fue a peor, mi mujer entraba y salía de casa como si fuera un hotel, y en cuanto a su hijo... Nunca ha visto madre más desapegada.

Cuando el niño se le acercaba para decirle cualquier cosa siempre le respondía un: “Ahora no puedo”, o “Ves a explicárselo a papá”.

Como mi hijo no era tonto, pronto comprendió que a su madre le molestaba su presencia a menos que se comportara como una figura de cera, por tanto, dejó de importunarla para finalmente ignorarla por completo.

Cuando tenía cinco años, un día me preguntó muy serio: “¿Porque todas las mamás quieren a sus hijos menos la mía?”.

“Verás hijo... No tiene nada que ver contigo, tu mamá solo se quiere a ella misma”.

“¿Y porque te casaste con ella?”.

“Porque no sabía que era así, y porque de no haberlo hecho, no tendría un hijo tan maravilloso como tú, por ti lo doy todo por bien empleado”.

A pesar de la falta de cariño maternal, mi hijo era feliz, ya que yo suplía esa falta de afecto dedicándole mi vida.

Hacía tiempo que él y yo llevábamos una vida al margen de mi mujer, que se comportaba como si en lugar de la familia fuera una invitada. Con la excusa de que yo roncaba se trasladó a dormir a otra habitación, eso las noches que dormía en casa, los fines de semana normalmente ni la veíamos.

Gracias a la flexibilidad de horario que me permitía mi trabajo, casi siempre iba a buscarlo personalmente al colegio, de allí íbamos directos a cualquier sitio menos a casa, incluso llegamos a establecer una rutina.

Un día a la semana patinaje sobre hielo, otro cine, otro piscina y dos más artes marciales, eso sí, con parada en alguna granja para merendar y hacer los deberes del colegio que gracias a su inteligencia y aplicación conseguía acabar con rapidez.

Los fines de semana eran de playa en verano, esquí en invierno y en los meses de entretiempo parque de atracciones, zoológico, museos o un simple paseo por el casco antiguo. El niño era un hombrecito que sabía adaptarse a todo, no tenía caprichos y conmigo se hubiera apuntado a un bombardeo.

Aunque no soy amigo de chismes y lo que hiciera mi mujer a aquellas alturas me importaba poco, por pura casualidad llegué a enterarme de que andaba tonteando con un trompetista negro cuya orquesta estaba de gira por la ciudad, imagino que a él le enorgullecía ir del brazo de una espléndida mujer rubia y a ella... Ves a saber lo que le gustaba de él.

Fuera lo que fuera le cogió muy fuerte, porque un día en que tuve que volver a casa a media mañana la encontré haciendo las maletas, cosa que para una mujer con todos los trapitos que llegaba a tener no resultaba nada fácil.

Me miró enfurruñada por verse descubierta y por toda explicación me dijo que ella era joven y no quería pudrirse en aquella casa, había encontrado el verdadero amor y se marchaba con él.

Yo ya no era el jovencito tontinaco que ella había conocido, los años de convivencia me habían curtido, le respondí un simple: “Como tú desees” y me puse en marcha.

Lo primero que hice fue telefonar a varios amigos y amigas comunes y pedirles que vinieran urgentemente a mi casa, supuestamente para tratar de convencer a mi esposa de que no se marchara, pero sin poner demasiado entusiasmo.

No acostumbro a pedir favores y soy muy dado a hacerlos, así que en poco rato tenía a tres de ellos en mi casa cumpliendo su papel a la perfección, y más porque lo de “amigos comunes” era relativo, más bien eran amigos míos y conocidos de ella.

Desde la sala oía las airadas excusas de mi mujer diciéndoles: “¿No os dais cuenta de que yo aquí estoy enterrada como una momia?, necesito vivir la vida, respirar aire fresco”.

Evidentemente fueron muy educados y ninguno de ellos le contestó que ya hacía años que vivía la vida y respiraba aire fresquísimo.

Al acabar el equipaje realizó una llamada telefónica, se despidió brevemente, y sin ningún recato nos pidió que la ayudáramos a bajar todos los bártulos al portal, lo cual fue perfecto porque todos pudimos ver como el susodicho negro detenía una destartalada furgoneta delante de nuestra portería, la recibía con un apasionado beso y la ayudaba a cargar todos los cachivaches, así que ya tenía tres testigos de primera mano.

Cuando aquella tarde le expliqué al niño que mamá nos había abandonado para siempre se le iluminó la cara y sólo respondió con un expresivo: “¡¡¡¡¡Bieeeeeen!!!!”.

Eso sí, al cabo de un rato, como no acabándose de creer su fortuna preguntó: “¿Seguro que es para siempre?”.

“Tranquilo cariño, ya me encargaré yo de que así sea”.

El divorcio fue rodado: Abandono de hogar, tres testigos de su fuga con un músico ambulante, ella ilocalizable, el testimonio de la cangura, el niño declarando a los psicólogos que mamá nunca le ha querido ni le ha hecho caso y que solo su papá se cuida de él, eran pruebas irrefutables.

Sin prisa, pero sin pausa, localicé una casita a la venta, antigua pero bien conservada, situada en un pequeño pueblo no muy lejos de la ciudad, conseguí vender el lujoso piso heredado de mis padres por una cantidad que cubrió sobradamente el importe de la casita más cuatro arreglos y nos mudamos.

Aproveché una buena oportunidad para cambiar de empleo. A mis amigos más allegados y familiares les pedí que en caso de que mi exmujer reapareciera le dijeran

que desconocían mi paradero exacto, que pensaban que tras su marcha yo había emigrado a Australia con el crío y habían perdido el contacto, y para los conocidos, vecinos y menos allegados... Simplemente desaparecimos.

No sé si fruto de mis precauciones, o no, el caso es que nunca hemos vuelto a saber de la mamá, ni falta que nos hace.

Se acercaban las vacaciones de verano y mi hijo había obtenido unas notas brillantes, así que decidimos celebrarlo acudiendo al circo, del cual mi hijo era un verdadero forofo.

Aproveché que habían instalado uno en la explanada de las afueras en una pequeña ciudad cercana, me rasqué el bolsillo y compré dos entradas en primera línea de pista.

El niño alucinó con los elefantes y sus bellas amazonas montadas en su cuello, se emocionó con el domador de leones, pero el placer máximo fue cuando la bella muchacha que actuaba con su perrito amaestrado le escogió de ayudante para sostener el aro para que saltara y otras filigranas más, imagino que porque la seguía con una mirada de ojos como platos, apoyado en la barandilla sin perderse detalle.

En el intermedio, me sorprendió con una pregunta: “Papá, ¿Verdad que son guapas?”.

“¿Quienes?”.

“Pues las chicas del circo, ¿No las ves?”.

“Si, pero no solo ellas son guapas, ¿Que tienen estas de especial?”.

“Pues que siempre sonríen, en tres minutos vuelven a salir completamente cambiadas de ropa, ayudan a montar y desmontar todo, hacen ejercicios muy duros, pero siempre están elegantes y simpáticas”.

“Pues tienes razón, no me había parado a pensarlo”.

“Dos días después volvimos a pasar con nuestro coche por delante de la explanada donde había estado el circo, estaba completamente vacía excepto una figura sentada en unas cajas, fue mi hijo el que se dio cuenta y me dijo entusiasmado: “Mira papá es la chica del perrito, vamos a saludarla”.

En principio no me pareció buena idea abordar a una persona que apenas habíamos conocido en una actuación de unos minutos, pero claudiqué ante la insistencia de mi pequeño que no era ningún niño caprichoso, y total para una cosa que me pedía... Así que subí el todoterreno a la acera y crucé la explanada hasta quedar situado frente a la chica y su perro.

Solo descender del vehículo me di cuenta de que la muchacha no estaba precisamente alegre y radiante, así que comencé la conversación con una disculpa: “Perdona que te molestemos, pero es que mi hijo te ha reconocido de la actuación de hace dos días...”.

“No es ninguna molestia, ya me acuerdo de él, es un chico muy simpático”.

Mientras tanto el niño se había sentado en el suelo junto al perro y estaban propinándose carantoñas mutuamente, lo cual arrancó una sonrisa en la chica.

En un momento dado corté el silencio preguntando: “¿Y cómo es que estás aquí sola, esperas a que te recojan?”.

Su gesto se volvió triste y me contestó: “Hace un rato si esperaba a alguien, pero ahora ya no”.

“¿Porque ya no?”.

“Mientras desmontaban he llevado a Pitufito al veterinario porque ayer se encontró mal y no pudo actuar, había quedado con el jefe de pista que luego nos recogería con su furgoneta para reunirnos con la caravana hacia otra ciudad”.

“¿Y te ha plantado?”.

“Casi, solo ha venido para dejarme mis cosas de mala manera, darme un sobre con la paga de estos días y decirme que mi perro ya está viejo y que un circo no es un hospital”.

“Menudo cabrón”.

“Pues aún he tenido que agradecerle que no me haya dejado sin mi ropa y sin un céntimo”.

“¿Y ahora que harás, buscar otro circo?”.

“Eso no es fácil y la verdad es que el pobrecillo Pitufito ya no está como para pasar muchas pruebas”.

“Nosotros podemos acercarte a donde quieras, este coche es muy grande y cabéis de sobras con todos vuestros paquetes”.

“El problema es que no tenemos donde ir, nuestra casa era el circo, además en las pensiones tienen la mala costumbre de no aceptar animales”.

En aquel momento, mi hijo que parecía estar únicamente por y para el perro nos sorprendió diciendo: “¿Y porque no venís con nosotros?, Tenemos una casa grande y

bonita, con jardín y mi mamá nos abandonó el año pasado”.

Ella sonrió y le dijo: “Gracias por la oferta, pero no creo que tu padre tenga ganas de alojar a unos desconocidos”.

“No sois unos desconocidos, tu perro y yo nos llevamos muy bien, tu podrías ser amiga de papá, es un hombre muy bueno, y hasta si estás contenta con nosotros podrías hacer como si fueras mi mamá”.

Al oírle, una frase se formó en mi mente: ¿Y qué podemos perder con probarlo?, así que interrumpí la incipiente excusa que empezaba a formular la chica y le dije: “El niño tiene razón, tú no tienes donde ir y nosotros tenemos una casa demasiado grande para los dos, de momento puedes probar a quedarte unos días hasta que encuentres algo”.

“¿Y sino encuentro nada?”.

“Pues te quedas más y más tiempo, mi hijo estará encantado, y si he de ser sincero yo también, daréis una nota de alegría a una casa que a veces es demasiado seria para un niño”.

“La verdad es que en mi situación es la mejor oferta que podían hacerme”.

“Pues no se hable más, subamos todos los trastos al coche y vámonos”.

Cuando ya estábamos acomodados, antes de arrancar, le di la mano formalmente y le dije: “Yo soy Pedro y mi hijo César, encantados de conocerla señorita”.

“A mi perro Pitufu ya lo conocéis, yo me llamo Lucía”.

Mi hijo nunca había podido tener un perro, ni animal alguno, porque ante cualquier insinuación su mamá ponía el grito en el cielo: “¡Un animal en casa, que horror!”. Solo con mirarle por el retrovisor, tan feliz abrazado a Pitufu pensé que el experimento valdría la pena.

En un momento dado le comenté a Lucía que pararíamos unos minutos para comprar un pollo asado, y para mi sorpresa me contestó: “¿Pero no tenéis absolutamente nada de comida en casa?”.

“Si que tenemos comida en la nevera y también en el congelador, pero nada que se prepare fácilmente”.

“Pues no os preocupéis, una chica de circo tiene que saber apañarse con lo que sea y obtener una comida nutritiva, porque quemamos muchas calorías”.

“Pero mujer... No te vas a poner a cocinar solo llegar”.

“¿Y porque no?, vosotros me invitáis a vuestra casa, es lo menos que puedo hacer”.

Solo llegar demostró su capacidad de organización diciendo: “Los trastos se quedan en el coche, no es urgente descargar, vosotros ir a jugar al patio con Pitufu, yo me ocupo de todo”.

No sé cómo se las apañó, pero al cabo de media hora teníamos una deliciosa comida en la mesa, había combinado cosas que yo jamás pensé que podrían ligar y encontrado otras que ni siquiera me acordaba que las tenía.

Después de comer le comenté: “Te voy a enseñar tu habitación, pero no te fijas demasiado en el estado de la casa, la semana pasada nuestra cangura que se había quedado embarazada tuvo que dejar de trabajar por orden del médico”.

“Perfecto, pues mientras yo esté aquí no hace falta que busquéis otra, de esa forma puedo ganarme la estancia y manutención y no me siento una carga”.

Aquella noche, como siempre desde que nos habíamos mudado a la casa nueva, César se hizo el remolón para subir a dormir, a pesar de que se le veía cansado, finalmente fue, pero si gran entusiasmo, cosa rara en un niño tan obediente.

A una pregunta de Lucía le tuve que explicar que desde que tenía una habitación tan grande, con vigas en el techo y un ventanal enorme tras el que se veían los árboles mecerse con el viento, mi hijo tenía un poco de miedo por las noches, ella se puso en pie de un salto y simplemente dijo: “Esto lo arreglo yo en treinta segundos”.

Sin decir más tomó la cama del perro, le hizo una seña para que la siguiera y se fue a la habitación del niño, acomodó la cama bajo la ventana, le dijo cuatro palabras ininteligibles al animal, y seguidamente a César: “A partir de ahora Pitufu te acompañará por las noches, así no tendrás miedo”.

“Si yo ya sé que los monstruos no existen, pero como se oyen ruidos y se ven sombras pienso que, aunque no existan... ¿Si entra uno por mi ventana que pasará?”.

“Pues si entra uno por tu ventana... De momento se llevará un buen mordisco de Pitufu, luego ya veremos lo que pasa, además piensa que los perros oyen, huelen y ven en la oscuridad todo lo que las personas no podemos, así que si el perro está tranquilo quiere decir que todo está bien”.

A partir de entonces mi hijo nunca más volvió a tener miedo por las noches.

La integración de Lucía en nuestras vidas fue como si en un país de sombras perpetuas hubiera aparecido un sol radiante, la casa misma cobró otra apariencia, con

un póster del circo por allí, unas cortinitas por allá que confeccionaba en un santiamén con su pequeña maquina de coser y cuatro detalles más, siempre colocados con muy buen gusto, daba la impresión de habernos mudado a un sitio mejor, más alegre.

Tampoco fue ninguna carga económica sino todo lo contrario, sabía comprar lo más bueno y barato y darle una apariencia y gusto como si se tratara del menú del gran chef.

También tenía pasión por la reutilización de los elementos, darles una nueva vida aunque fuera con un uso diferente. Tampoco gastaba apenas en ella misma, tenía tan buen gusto que con cualquier trapito se veía elegante como la que más.

Con Lucía era como si a nuestra familia le hubieran puesto el turbo, no solo se apuntaba a cualquier actividad que quisiéramos realizar sin poner excusa alguna, sino que su presencia mejoraba cualquier cosa que planeáramos.

Si era apta para perros, Pitufo nos acompañaba, sino un par de palabras y se quedaba en casa sin rechistar, si regresábamos de día nos recibía con un par de discretos ladridos de alegría, si era de noche en silencio total.

Por otro lado, los días que yo tenía que permanecer en casa para acabar algún trabajo, o tenía que salir, pero César no tenía colegio, con la excusa de entrenar a Pitufo, que poca falta le hacía, a quien Lucía entrenaba realmente era a mi hijo, que siempre había sido algo torpón en temas gimnásticos, el resultado fue que al regresar al colegio en septiembre, en lugar del acostumbrado suspenso en gimnasia, obtuvo un excelente.

Conmigo la cosa fue más despacio, después de cenar teníamos la sana costumbre de acostar al niño, seguido de su inseparable perro y nos quedábamos en el sofá tomando una copita de licor y viendo alguna película, serie o documental.

A ella le encantaba todo, porque según me confesó en el circo nunca había tiempo para ese relax, cuando no había dos funciones eran tres, más el entreno. Pasadas una o dos semanas desmontar, empaquetar, viajar, desempaquetar, volver a montar... Etc. Al acabar la tarea de la jornada lo único que deseaba era dormir.

Pasados unos días, en lugar de sentarnos seriamente como en una butaca de cine las posturas se fueron relajando, según lo cansada que estuviera aquel día apoyaba la cabeza en mi hombro o en mis piernas, yo me acostumbré a ir acariciando discretamente su larga melena, pero la cosa no pasaba de ahí, al acabar me daba un minúsculo besito en los labios, como un picotacillo, y listo.

Fue César el que sin proponérselo desencalló el asunto, una noche en que estábamos cenando, la miró con sus enormes ojos marrones y le dijo: "Lucía".

“Dime cariño”.

“¿Te molestaría mucho si te llamo mamá?”.

“No corazón, al contrario, me sentiría muy halagada”.

Ya no se habló más del asunto, pero al despedirse para ir a su habitación César le dio el acostumbrado beso y le dijo: “Buenas noches, mamá”.

Aquella noche coincidimos en ver una película romántica, al acabar, en lugar del “picotacillo” me dio un maravilloso beso de amor y marchó a su habitación, para reaparecer al cabo de cinco minutos en la mía ataviada con un precioso camisón transparente, se metió sonriente en mi cama mientras decía: “¿No te parece que un papá y una mamá deberían dormir juntos?”.

Evidentemente no puse ninguna objeción.

En el tema amoroso, al igual que en los anteriores, con Lucía descubrí otra dimensión, acostumbrado al “saco de patatas” que había sido siempre mi exmujer, el amar a una mujer participativa, ardiente, cariñosa, ágil como una pantera y flexible como una serpiente me llevó hasta cotas inesperadas de placer.

Al día siguiente, cuando despertó mi hijo se quedó muy sorprendido de no verme levantado, entró en mi habitación, nos vio a los dos durmiendo abrazados, se retiró de puntillas con una sonrisa de oreja a oreja y bajó a la cocina a preparar su desayuno y el del perro.

Pasó un año y todo rodaba de maravilla, excepto Pitufu, que a pesar de los cuidados del veterinario cada vez estaba peor, hasta el punto en que apenas podía masticar y solo lamía el contenido de los potitos para bebé que depositábamos en su plato. Se pasaba el día durmiendo y casi teníamos que sacarlo en brazos al jardín para que hiciera sus necesidades.

Cuando Lucía comprendió que estaba sufriendo una enfermedad terminal sin solución nos pidió que aquel día saliéramos a divertirnos los dos solos todo el día fuera. No necesitamos más explicaciones para comprender lo que iba a suceder.

Cuando regresamos por la tarde el veterinario había pasado por casa, Pitufu yacía suavemente estirado en su cama en el salón, Lucía nos recibió con unos ojos rojos como tomates diciendo: “No le digáis nada, duerme... Para siempre”.

Al día siguiente ella y yo cavamos un profundo hoyo en un rincón baldío del jardín y allí depositamos una caja de madera de calidad, que había contenido doce botellas de vino gran reserva, con el cuerpo de Pitufu en su interior.

Al día siguiente Lucía fue a comprar plantas que tuvieran floración en las diferentes temporadas del año y las sembró encima.

Reconozco que la ausencia del perro nos traumó bastante, cada vez que veíamos el rincón en que solía dormitar o alguno de sus juguetes, de los que Lucía se negó en redondo a deshacerse, se nos anegaban los ojos.

Pero el tiempo cura las heridas y Pitufó pasó de ser un recuerdo doloroso a un bonito recuerdo, volvimos a ser una familia felicísima sin saber que en ese punto entraría en nuestras vidas aquello que, a pesar de ser genial, acabaría con nuestra dicha.

De nuevo fue mi hijo el motor del nuevo estatus cuando un día le dijo inocentemente a Lucía: “¿Y no podríamos tener otro Pitufó?”.

Ella contestó: “Eso pregúntaselo a papá que es quien manda en esta casa”.

“Eso de que soy el que mando vamos a dejarlo, que me lleváis por donde queréis”,

Seguidamente iba a disertar sobre los inconvenientes de tener otro perro, que no sería el mismo y si era cachorro se mearía por todas partes Etc., pero la mirada expectante de mi hijo me disuadió y me limité a decir: “Bueno... Si os comprometéis a cuidarlo entre todos...”.

Sin dejarme acabar la frase me contestaron a coro: “Claro que sí”, y ya no tuve más opciones.

Al día siguiente fuimos a unas enormes instalaciones que una sociedad protectora de animales tenía cerca de la gran ciudad, porque evidentemente con la de perros abandonados que hay, no íbamos a cometer la inmoralidad de comprar uno.

A mi hijo le encantaban todos, pero Lucía lo llevaba de la mano en plan asesora, mientras le decía: “A mi también me gustaría llevármelos todos a casa, pero hay que pensar con la cabeza, si es muy grande tendrá muchos inconvenientes, si es diminuto podemos matarlo sin querer de un pisotón, si es viejo se morirá pronto y volveremos a sentir la pena, si es de una raza torpe no aprenderá nada...”.

Así íbamos pasando por entre medias de las jaulas cuando Lucía se quedó como electrizada, se agachó y señalando una jaula lejana le dijo a César: “Mira, un Pitufó bebé, ves a llamarle”.

Y efectivamente, cinco jaulas más allá había, un cachorro de la misma raza y color que nuestro desaparecido Pitufó. Mi hijo se acercó despacio y susurró: “Hola Pitufó”.

El animalillo se le acercó rápidamente gimoteando e intentando lamerle la cara a

través de la rejilla, aunque estoy seguro de que hubiera hecho lo mismo, aunque le hubiera llamado Herodes.

La decisión estaba tomada, rellenamos el papeleo y nos lo llevamos.

En el coche, de vuelta a casa escuché toda clase de teorías peregrinas: Que si seguramente sería un familiar de Pitufu, o quien sabe si su reencarnación... Etc.

La alegría en nuestra casa volvió a ser completa, he de reconocer que, tal como aseguraba Lucía, aquella raza de perro era especialmente inteligente, lo cual unido al don innato que ella tenía hizo que el perrillo, a pesar de ser un cachorro, apenas nos causara ninguna molestia, en un tiempo récord aprendió cuales eran sus derechos y obligaciones.

Más adelante, cuando volvíamos respectivamente del colegio y el trabajo, casi siempre encontrábamos a Lucía entrenando al perro, cada pocos días había aprendido un truco nuevo, hasta que fue capaz de realizar los mismos que su antecesor y alguno más.

Una tarde al llegar encontramos a Lucía que nos esperaba en el sofá elegantemente vestida, solo entrar por la puerta me dijo alegremente: “Pedro, cariño que bien que ya estéis aquí, tengo que pedirte un favor, cuídate de tu cena y la del niño, han instalado un pequeño circo cerca del pueblo y me hace ilusión acercarme para que vean a Pitufu y sus trucos”.

Le contesté: “Claro que sí, tesoro”, sin saber que había firmado nuestra sentencia de muerte.

Tardó en regresar, cuando lo hizo César ya dormía hacía rato, se sentó a mi lado agotada pero radiante y no paró de hablarme de lo que les había impresionado lo bien que estaba entrenado su perro y los números que eran capaces de hacer juntos, así hasta que nos acostamos.

Al día siguiente, después de llevar al niño al colegio me quedé un rato a trabajar en casa hasta el momento en que ella me interrumpió cogiéndome de la mano y arrastrándome hasta el sofá.

Allí comenzó diciéndome: ¿Te acuerdas de lo que te expliqué ayer del circo...? Pues fíjate que maravilla, nos han ofrecido a Pitufu y a mí un puesto para hacer una gira con ellos”.

“¿Y tú has aceptado?”.

“Bueno si... Piensa que el circo ha sido toda mi vida, no se hacer otra cosa”.

“Sabes hacer de madre y esposa maravillosamente bien”.

“No tonto, yo me refiero al trabajo”.

“No necesitas trabajar, yo gano lo suficiente para que vivamos bien”.

“No es eso, si dejas pasar esta oportunidad me sentiría frustrada, como un mueble más de la casa, que es útil pero no da más de sí”.

“No hay ningún mueble que al desaparecer pueda llevarse consigo toda nuestra felicidad, pero si tú lo ves así, dime cuando te has de marchar y ya te llevaré yo con todas tus cosas”.

“Cariño, no te lo tomes así, es solo una gira, luego volveremos, es como si fuera un arquitecto, que le mandan hacer una casa en una ciudad, y luego en otra, pero siempre regresa al hogar”.

“De acuerdo, pero te encargarás tú de explicárselo a César”.

“¿No me vas a ayudar?”.

“En esta ocasión no, porque ni siquiera sabría encontrar los argumentos válidos, en esto las mujeres tenéis más mano izquierda, ¿Cuándo te marchas?”.

“Mañana mismo he de estar allí para hacer algunas funciones reales de prueba, porque pasado el fin de semana se ponen en marcha, no sé a qué ciudad”.

Al día siguiente Lucía habló con el niño explicándole con todo entusiasmo que le habían ofrecido una plaza en un circo y que podría actuar, y él podría contar a todos sus amigos que tenía una mamá artista de circo, Etc. Etc.”.

Cuando acabó, él la miró muy serio y le dijo: “¿Eso significa que me he vuelto a quedar sin mamá verdad?”.

“No cariño, solo es una gira, luego volveré otra vez, ¿Querrás venir el domingo a vernos actuar?”.

César dijo que no con la cabeza y se retiró a su habitación a llorar, seguido de Pitufito que gimoteaba lastimeramente detrás suyo”.

El resto del día nos lo pasamos empaquetando sus cosas, sin embargo, quiso dejar en el armario todas las prendas que no le resultarían de utilidad en su nueva vida, con un gesto pícaro me dijo: “Y no se te ocurra esconderlas o cuando vuelva pensaré que has traído a otra mujer en mi ausencia”.

Solo pude esbozar una triste sonrisa.

Cuando la dejé en el que sería su nuevo hogar me dijo: “Os escribiré desde cada ciudad que vayamos, siempre sabréis donde estoy”.

Al principio así fue, pero poco a poco las cartas se fueron distanciando y venían de más lejos, Italia, Europa del Este..., yo no podía responderle porque cuando mi carta hubiera llegado el circo ya no estaría allí, finalmente llegó una postal muy breve por Navidad y a partir de ahí silencio.

Pasó bastante tiempo, pero la herida no se nos curó de la misma forma que cuando murió Pitufu, sino que cicatrizó en falso porque, así como en su caso sabíamos que su muerte era irreversible y lo más conveniente para que no sufriera, en el caso de Lucía sabíamos que estaba por ahí y que bastaría con que regresara a nuestro lado para que fuéramos los más felices del mundo.

Cuando nos enterábamos por el periódico de que actuaba un circo relativamente cerca de nuestro pueblo, siempre acudíamos y preguntábamos con todo el descaro si había algún número de perros amaestrados, sino es así dábamos las gracias y nos retirábamos sin comprar entradas. Si lo había veíamos la función desde una discreta tercera fila, para llevarnos el desengaño de que no se trataba de Lucía.

Pasados seis años ya me había cansado de ver circos, pero cada vez que mi hijo me traía el periódico con algún anuncio no sabía decirle que no, y más si como en aquella ocasión tenía vacaciones del colegio, así que volvimos a hacer la maniobra.

Nos dijeron que efectivamente tenían un número muy bonito con un perro amaestrado, compramos las entradas y nos sentamos pacientemente a ver la última función del domingo por la tarde.

Pero en esta ocasión nos llevamos una doble sorpresa, en principio porque reconocimos de inmediato a Lucía y Pitufu, y en segundo lugar porque no actuaban solos, los acompañaba una preciosa niñita de unos cinco años.

Transcurrió la función sin que ella pudiera reconocernos, en principio porque además de estar en la tercera fila, César con sus catorce años estaba muy cambiado, y yo me había dejado la barba.

Sin embargo, al acabar el número sucedió algo insólito, el siempre dócil Pitufu se negó a retirarse y se quedó dando ladridos de alegría en nuestra dirección, para finalmente saltar hacia las gradas y dirigirse directamente hacia nosotros para hacernos toda clase de fiestas.

El jefe de pista, tan asombrado como la propia Lucía, salvó la situación diciendo: “Y como pueden ver, nuestro inteligente perro ha reconocido a unos amigos de otra

función y ha subido a saludarles”.

Así hasta que César le dijo: “Corre, vuelve con Lucía”.

Cuando acabó la función y salimos, vimos que Lucía y la niña se habían cambiado de ropa y nos estaban esperando en la calle acompañadas de Pitufo, no intentamos escabullirnos, pero tampoco lo hubiéramos conseguido, aunque hubiéramos cavado un túnel bajo tierra, el perro nos tenía perfectamente controlados.

Después de los primeros besos y abrazos Lucía nos pidió que la acompañáramos a su caravana, allí llegó el momento de las explicaciones.

Nos dijo que al cabo de unos meses formó pareja artística con otro amaestrador, y una cosa llevó a la otra, no se atrevió a escribirnos diciendo que estaba con otro hombre, finalmente se quedó embarazada y no quiso abortar tal como él pretendía, así que la abandonó.

Ella continuó con sus actuaciones hasta un día antes del parto, aunque en lugar de la bella Lucía vestía como payaso barrigón. Cinco días después del parto volvía a actuar con normalidad.

La gente del circo la ayudó en todo momento, no todos eran tan cabrones como los de la primera vez, cuando la encontramos.

A partir de los cuatro años, su hija, Aurora, comenzó como su ayudanta, e incluso hacía un mes, cuando Lucía padeció una colitis grave, ella se atrevió a realizar la actuación en solitario, como la artista más joven del circo.

Al acabar las explicaciones me dijo: “Os invitaría a cenar, pero ya veis que la caravana no es un sitio muy adecuado, pero nos podéis invitar vosotros, a menos que temáis que la señora de la casa se ponga celosa”.

“No hay señora de la casa, aún está tu ropa guardada en el armario y tengo una cama de Pitufo por algún rincón”.

“En ese caso perfecto, porque el lunes y martes no tenemos función y he pedido esos dos días de fiesta”.

Como siempre, se las apañó para hacer una excelente comida con lo que teníamos por casa. Después de la cena César se retiró con Aurora a su habitación, al cabo de un rato subimos para comprobar que la niña se había quedado dormida con la cabeza apoyada en las piernas del chico que leía un libro de aventuras, ahora ya para sí mismo. Pitufo los acompañaba desde el mismo rincón de siempre, bajo la ventana.

Lucía y yo volvimos a nuestra posición en el sofá, frente a la chimenea, tomamos un

par de copas de nuestro coñac favorito y le pregunté qué planes de futuro tenía.

Me miró fijamente durante un momento para decirme: “No quiero que la niña siga mis pasos, y sino tomo medidas acabará sucediendo, quiero que tenga una casa normal, vaya a un colegio, tenga sus amiguitos, haga excursiones y todas esas cosas que hacen los niños de su edad”.

“¿Piensas dejar el circo?”.

“De momento no, mientras Pitufu pueda actuar, estoy ahorrando desde hace tiempo un dinero para poder darle a mi hija un buen futuro, pero ella no debe continuar. Además, el circo, tal y como lo conocemos, agoniza lentamente, ya existen muchos lugares donde no nos dejan ni siquiera entrar a los circos con animales, y menos actuar, y sin la espectacularidad de los leones y los elefantes el circo se convierte en una cuadrilla de saltimbanquis”.

“Pues como tardes mucho en apartar a la niña de ese mundillo lo vas a tener muy difícil, ya está muy metida en él”.

En aquel momento, la siempre decidida Lucía dudó bastante para acabar diciendo: “Bueno... yo pensaba que tenía que hacerlo ya mismo, pero no sabía cómo y cuando esta noche os volví a ver se me ocurrió la idea... En fin, que he pensado en dejar a Aurora con vosotros... Si queréis claro”.

La noticia me pilló como una sacudida eléctrica y solo acerté a decir: “¿Pero tú crees que aceptará quedarse a vivir con unos extraños?”.

“No sois unos extraños, ella siempre me ha preguntado por su papá, y yo nunca le hablé de aquel canalla, así que al acabar la función le he dicho que erais su papá y su hermano y ha sido la niña más feliz del mundo”.

Cuando el sueño nos venció nos retiramos a dormir, no sin antes acostar como Dios manda a los chicos. Como afortunadamente había cambiado hace poco la cama infantil de César por una más grande cabían los dos perfectamente, al acabar, le dije a Lucía: “Lo siento, pero la que no tengo bien arreglada es la habitación de arriba”.

“No digas tonterías, un papá y una mamá han de dormir juntos”.

Los dos días siguientes estuvimos bastante ocupados, visita al ayuntamiento para pedir una copia del empadronamiento de Lucía, ya que afortunadamente yo nunca la había dado de baja, ya de paso empadronamiento de Aurora, visita al notario para formalizar documentación como pareja de hecho, hacer declaración conforme Aurora era hija mía, viaje a la caravana para recoger todas las cosas de la niña, búsqueda de un colegio, Etc.

Mentiría si dijera que durante los dos días en que recuperé el amor de Lucía, volvió a mí la antigua felicidad, sí que fui feliz, pero con el regusto amargo de saber que se volvía a marchar y el interrogante de por qué no había contactado con nosotros si actuaba tan cerca, finalmente no pude evitar el preguntárselo, su respuesta fue clara: “No me atrevía, estaba convencida de que estarías con otra mujer, incluso que tendrías hijos de ella, pero al verlos solos en circo pensé que no estabais allí por casualidad”.

“Pues ya ves que no hay mujer alguna”.

“¿Y cómo es que no te has enrollado con otra en todo este tiempo?”.

“Te mentiría si te dijera que no lo he intentado, principalmente para curar mi herida, y sobre todo para darle a César una madre, pero a tu lado las otras me parecían tan poca cosa que las relaciones nunca llegaban a cuajar”.

El martes llegó el momento de la despedida, Aurora derramó alguna lagrimilla y nosotros las contuvimos a duras penas, pero era una niña fuerte y austera criada en la dureza del circo, y se adaptó perfectamente.

He de confesar que, aunque nos faltara Lucía, la dulce feminidad de Aurora aportó mucha luz a nuestro pequeño mundo de hombres. Además, ahora todo era diferente, no se trataba como antes de una espera sin esperanza, sabíamos que volvería porque teníamos con nosotros una rehén, el ser en el mundo a quien ella más quería.

FIN ...